

1

Nací el 16 de abril de 1889, a las ocho de la noche, en East Lane, Walworth. Poco después nos mudamos a West Square, St. George's Road, Lambeth. Según mi madre mi mundo era feliz. Nuestra situación era, hasta cierto punto, acomodada; vivíamos en tres habitaciones amuebladas con gusto. Entre mis recuerdos más tempranos se cuenta uno en el que todas las noches, antes de que mi madre se fuera al teatro, nos metían a Sydney y a mí en una cómoda cama y quedábamos al cuidado de la criada. En mi mundo de tres años y medio todo era posible; si Sydney, que era cuatro años mayor que yo, podía hacer juegos de manos y tragarse una moneda, haciendo que apareciese luego por la nuca, yo podía hacer lo mismo; por eso un día me tragué una moneda de medio penique, y mi madre tuvo que llamar al médico.

Todas las noches, cuando regresaba del teatro, mi madre tenía la costumbre de dejar golosinas sobre la mesa —un pedazo de pastel napolitano o caramelos— para que Sydney y yo las encontrásemos por la mañana y como garantía de que no haríamos ruido, pues ella solía dormir hasta muy tarde.

Mi madre era actriz cómica en un teatro de variedades, una mujercita *mignonne* cuando lindaba los treinta años, de piel muy

blanca, ojos azul violeta y largos cabellos castaño claro, tan largos que podía sentarse en ellos. Sydney y yo la adorábamos. Aunque no era una belleza excepcional, a nosotros nos parecía divina. Los que la conocieron me dijeron años después que era delicada y atractiva y que tenía un encanto arrebatador. Se enorgullecía al vestirnos para las excursiones de los domingos: a Sydney con un traje Eton de pantalón largo y a mí con uno de terciopelo azul y guantes a juego del mismo color. Esas ocasiones eran verdaderas orgías de presunción cuando paseábamos por Kennington Road.

Por aquellos días Londres era tranquilo y el ritmo de vida apacible; incluso los tranvías tirados por caballos que rodaban por el puente de Westminster marchaban a paso sosegado y daban la vuelta tranquilamente, sobre una plataforma giratoria, en la terminal próxima al puente. En los días prósperos de mi madre también nosotros vivimos en Westminster Bridge Road. Su ambiente era alegre y afable, con atractivas tiendas, restaurantes y music-halls. La frutería de la esquina que daba al puente era un alarde de color, con sus ordenadas pirámides de naranjas, manzanas, peras y plátanos fuera, en contraste con el gris solemne del Parlamento, que se erguía justamente al otro lado del río.

Ese fue el Londres de mi niñez, de mis ánimos y despertares: recuerdos de Lambeth en primavera; de hechos e incidentes triviales; de mis viajes sentado en lo alto de un autobús tirado por caballos, junto a mi madre, intentando alcanzar al paso los árboles llenos de lilas; de los billetes multicolores de autobús —naranja, azul, rosa, verde— que cubrían el pavimento en las paradas; de las rubicundas floristas de la esquina del puente de Westminster, que hacían alegres ramitos para la solapa, manipulando con sus hábiles dedos el papel plateado y el tembloroso helecho; del olor hú-

medo a rosas recién regadas, que me producía una vaga tristeza; de los domingos melancólicos; de los padres con caras pálidas, cuyos hijos llevaban molinillos de juguete y globos de colores por el puente de Westminster, y los maternales vaporcitos de un penique, que bajaban sus chimeneas al deslizarse bajo el puente. Creo que mi alma nació de estas cosas triviales.

Luego estaban los objetos de nuestra sala de estar, que afectaban a los sentidos: el retrato en tamaño natural de Nell Gwyn, que pertenecía a mi madre, y no me gustaba; las licoreras de cuello largo, colocados sobre nuestro aparador, que me deprimían, y la cajita redonda de música, con su tapa de esmalte representando un grupo de ángeles sobre nubes, que me atraía y me desconcertaba al mismo tiempo. Pero lo que más me gustaba era mi silla de seis peniques, comprada a unos gitanos, porque me daba una extraordinaria sensación de propiedad.

Recuerdos de momentos épicos: una visita al Royal Aquarium,* la contemplación de las barracas a ambos lados de la calle, de la cabeza viviente de una dama que sonreía en medio de las llamas; la pesca afortunada de seis peniques: mi madre aupándome hasta lo alto de un gran barril de serrín para que recogiera un paquete sorpresa, que contenía un silbato de caramelo que no sonaba y un broche de rubíes de juguete. Después una visita al music-hall de Canterbury, sentados en una butaca de terciopelo rojo, viendo cómo actuaba mi padre...

Ahora ya es de noche y estoy envuelto en una manta de viaje,

* Era un amplio local, en la esquina de Victoria Street, frente a la abadía de Westminster, donde se veían atracciones de feria y funciones de gran espectáculo.

en lo alto de un coche de cuatro caballos, en el que van mi madre y sus compañeros de teatro, agradablemente rodeado por su alegría y sus risas, cuando nuestro postillón, con su ruidoso clarín, nos abre paso a lo largo de Kennington Road, mientras resuenan rítmicamente los arneses y los cascos de los caballos.

Algo sucedió entonces, acaso un mes o unos días después. Fue una súbita revelación de que no todas las cosas marchaban bien entre mi madre y el mundo exterior. Ella había estado fuera de casa toda la mañana con una amiga suya, y regresó muy excitada. Yo estaba jugando en el suelo y me di cuenta de que por encima de mí reinaba una intensa agitación, como si estuviera escuchando desde el fondo de un pozo. Mi madre lloraba y lanzaba apasionadas exclamaciones, mencionando una y otra vez el nombre de Armstrong: ¡Armstrong ha dicho esto, Armstrong dijo aquello, Armstrong es un bestia! Su excitación era tan extraña y tan evidente, que rompí a llorar de tal manera que mi madre tuvo que cogerme en brazos y consolarme. Pocos años después me enteré de la importancia de aquella tarde. Mi madre había vuelto de los tribunales, ante los que había demandado a mi padre por no satisfacer la pensión por alimentos, y el asunto no se había resuelto demasiado bien para ella. Armstrong era el abogado de mi padre.

Yo apenas conocía la existencia de un padre, y no recuerdo que viviera nunca con nosotros. Era también artista de vodevil, un hombre tranquilo, reconcentrado, de ojos oscuros. Mi madre decía que se parecía a Napoleón. Tenía voz de barítono y se le consideraba un buen actor. Incluso en aquellos días ganaba la considerable suma de cuarenta libras esterlinas a la semana. Lo malo

era que bebía demasiado, algo que, según mi madre, fue la causa de su separación.

A los artistas de ese género les resultaba difícil no beber en aquella época, pues se vendía alcohol en todos los teatros, y después de su trabajo era corriente que fueran al bar del propio teatro a alternar con los espectadores. Había teatros que sacaban más del bar que de la taquilla, y a algunas estrellas les pagaban sueldos elevados no solo por su talento, sino porque se gastaban la mayor parte del dinero en el bar. Así, más de un artista se echó a perder con la bebida; mi padre fue uno de ellos. Murió a causa de su alcoholismo a la edad de treinta y siete años.

Mi madre contaba historias acerca de él con un humor mezclado con cierto aire de tristeza. Cuando estaba bebido, tenía un genio violento y durante una de sus crisis mi madre se fue a Brighton con unos amigos; en respuesta a su frenético telegrama: «¿Qué estás haciendo? ¡Contesta enseguida!», ella le envió el siguiente: «¡Bailes, fiestas y excursiones, querido!».

Mi madre era la mayor de dos hermanas. Su padre, Charles Hill, un zapatero remendón irlandés, procedía del condado de Cork, en Irlanda. Tenía las mejillas sonrosadas como una manzana, un mechón de pelo blanco y una barba como la de Carlyle en el retrato de Whistler. Iba encorvado a causa del reuma, causado, según él, por dormir en los campos húmedos mientras se ocultaba de la policía durante los alzamientos nacionalistas. Con el tiempo se estableció en Londres y se dedicó al arreglo del calzado en East Lane, Walworth.

Mi abuela era medio gitana, algo que avergonzaba a la familia. Sin embargo, ella se ufanaba de que su familia había pagado siempre el alquiler del terreno donde acampaban. Su apellido de solte-

ra era Smith. La recuerdo como una vivaz viejecita, que siempre me saludaba de manera efusiva, imitando el habla de un bebé. Murió antes de que yo cumpliera los seis años. Estaba separada de mi abuelo por una razón que ninguno de los dos quería aclarar; pero, según la tía Kate, hubo un conflicto doméstico porque mi abuelo sorprendió a mi abuela con un amante.

Calibrar la moral de nuestra familia con arreglo a los modelos ordinarios sería tan erróneo como meter un termómetro en agua hirviendo. Con tal herencia, las dos lindas hijas del remendón abandonaron rápidamente el hogar y se dedicaron al teatro.

La tía Kate, hermana menor de mi madre, era también actriz cómica; pero sabíamos poco de ella, pues entraba y salía de nuestras vidas de forma esporádica. Era guapa y apasionada y nunca se llevó bien con mi madre. Sus escasas visitas terminaban por lo general con brusquedad y de mala manera por algo que mi madre había dicho o hecho.

A los dieciocho años mi madre se fue a África con un hombre de mediana edad. Nos hablaba muchas veces de su estancia allí; vivía lujosamente en medio de plantaciones, criados y caballos de silla.

Cuando mi madre tenía dieciocho años nació mi hermano Sydney. Me dijeron que era hijo de un lord, y que cuando llegara a los veintiún años heredaría una fortuna de dos mil libras esterlinas, información que me agradó y me irritó a la vez.

Mi madre no estuvo mucho tiempo en África; regresó a Inglaterra y se casó con mi padre. Yo no sabía qué motivo puso fin a la aventura africana; pero al vernos en la aguda pobreza en que estábamos, le reprochaba que hubiera renunciado a una vida tan maravillosa. Ella se echaba a reír y replicaba que era muy joven entonces para ser cauta o prudente.